

LA AVENTURA DE UN LÉXICO HISPÁNICO PRIMITIVO

1/Contenido de la obra

El *Léxico hispánico primitivo* es un glosario de las hablas románicas existentes en la Península entre los siglos VIII y XII, es decir, antes de la consolidación de las lenguas peninsulares (castellano, gallego, portugués, leonés, aragonés, catalán). Para estudiar estas hablas no se disponía prácticamente de otros materiales que los documentos notariales conservados de aquel período. Esta obra es, pues, un intento de trazar, a partir de esos documentos, la prehistoria del léxico de nuestras lenguas actuales nacidas del latín. Es la primera tentativa de compilar un inventario del primitivo léxico románico peninsular.

El libro consta de 667 páginas de léxico más 46 de preliminares. Las formas gráficas (palabras y sus variantes) estudiadas en la obra son en total 8520, las cuales se agrupan en un total de 4933 entradas. En cada entrada se da la etimología de la palabra, la categoría gramatical, la definición (o definiciones, si hay varias acepciones) y las citas, cuidadosamente datadas, de los textos en que se localizó la voz estudiada.

2/Los autores

En nuestros días, en estos primeros años del siglo XXI, es un hecho singular la aparición de un libro en cuya portada se leen juntos los nombres de dos sabios desaparecidos: **Ramón Menéndez Pidal y Rafael Lapesa**.

Don **Ramón Menéndez Pidal** (1869-1968) fue una figura clave en la filología española del siglo XX. Fundó el Centro de Estudios Históricos, uno de los hitos de nuestra cultura en la primera mitad de ese siglo recién concluido. Fue autor e impulsor de obras que todavía son de consulta necesaria para los estudiosos de la lengua, la literatura y la historia de España. Fue, además, miembro muy ilustre y director de la Real Academia. A su escuela, renovadora de la filología española, han pertenecido muchos de los principales cultivadores de esta rama del saber a lo largo del siglo pasado.

Don **Rafael Lapesa** (1908-2001) ha sido entre ellos uno de los más destacados y fieles continuadores de Menéndez Pidal. Activo y eficaz colaborador de su maestro y del Centro de Estudios Históricos, es autor de libros hoy indispensables para el conocimiento de nuestro idioma y de su historia, además de fino exégeta e iluminador de textos y figuras de nuestra literatura. Como don Ramón, es padre espiritual de cientos de discípulos, de los cuales un puñado muy selecto no solo cultiva su memoria, sino que continúa y desarrolla de manera ejemplar sus líneas de trabajo. Y, en fin, también como don Ramón, fue durante largos años uno de los miembros que más honraron a esta Academia. A él encomendó Menéndez Pidal, en 1927, la ejecución de su proyecto de un «glosario del español primitivo».

Es, pues, perfectamente natural que la **Real Academia Española** y la **Fundación Ramón Menéndez Pidal** —heredera esta del Centro de Estudios Históricos— hayan acordado juntarse para editar una obra que reúne a dos maestros no solo tan vinculados entre sí, sino tan entrañados en la historia de las dos instituciones.

La confección de este libro no solo exhibe la filiación científica del jefe de escuela con el discípulo distinguido, sino también la filiación de ese discípulo, ya a su vez jefe de escuela, con su propio discípulo distinguido. **Lapesa**, en 1954, asoció a la dura tarea que le había encomendado Menéndez Pidal a **Constantino García**, entonces ayudante suyo de cátedra y hoy catedrático jubilado de la Universidad de Santiago, el único coautor felizmente vivo en la actualidad, aunque retirado de las lides filológicas, y cuya cooperación en la última fase de los trabajos fue de particular importancia.

3/Historia del proyecto

1926-1927. En 1926 **Ramón Menéndez Pidal** publica una de sus obras fundamentales, *Orígenes del español*, donde desarrolla un estudio minucioso de las características fonéticas, gramaticales y lexicológicas de las hablas románicas peninsulares —no solo la castellana— en los siglos que precedieron a la aparición de las primeras obras literarias. Proyecta enseguida un segundo tomo de aquella obra, que estará constituido por un glosario de todas las voces estudiadas en ella. Y en 1927 confía esta tarea a un recién licenciado en Letras, de diecinueve años, llamado **Rafael Lapesa**.

1927-1936. Bajo la dirección de Menéndez Pidal, **Lapesa** emprende el trabajo, no solo partiendo de los materiales contenidos en la obra del maestro, sino de otros procedentes de la exploración de colecciones documentales publicadas y de la lectura directa de manuscritos inéditos. En 1936 ha llegado en la preparación de la obra hasta la letra R. Pero la Guerra Civil le impide continuar.

1954-1976. Después de la guerra la reanudación no es posible hasta 1954. En esta fecha, la creación del Seminario Menéndez Pidal en la Universidad Complutense permite que **Lapesa**, con la eficaz colaboración de su ayudante de cátedra **Constantino García**, vuelva a la tarea. Tras diversos avatares, se completa la redacción y se lleva a cabo una revisión general. En 1976 se da por terminado el texto, que queda inédito sine die por falta de recursos. Lapesa presta una copia al Seminario de Lexicografía de la Academia para su utilización en la redacción del Diccionario histórico, del cual es entonces director. Esta copia, que estaba depositada en la Real Academia Española, es el texto que hoy publican conjuntamente esta institución y la Fundación Ramón Menéndez Pidal.

4/Proyecto de una versión definitiva

En 1986 surgió una oportunidad de publicar la obra. Don **Rafael Lapesa** acordó con la Fundación Ramón Menéndez Pidal la preparación de «una versión revisada, ampliada y definitiva» del glosario que se había concluido diez años antes y que ahora, en varios volúmenes, llevaría el título de *Glosario del primitivo léxico iberorrománico*. Por desgracia, la enfermedad de don Rafael y su fallecimiento en 2001 truncaron el proyecto cuando apenas se había llevado a cabo una sexta parte de la obra revisada.

5/Edición de la versión primera

La Fundación Ramón Menéndez Pidal y la Real Academia Española convinieron entonces en «proseguir la ambiciosa empresa interrumpida», para lo cual crearían un equipo de especialistas. Ahora bien, como este proyecto habría de exigir un plazo largo para su conclusión, decidieron, a

modo de anticipo de la obra definitiva, «publicar ya sin demora la inédita primera versión tal como quedó terminada en 1976», a fin de poner a disposición de los estudiosos este acopio ordenado de materiales útiles —siquiera su valor sea provisional— para el conocimiento del léxico románico de la Península en los siglos VIII al XII.

Esta edición, que hoy se presenta, «no tiene, pues, otro propósito que el de llenar en forma interina un vacío que ya era sensible para los filólogos españoles hace tres cuartos de siglo». No se ha pretendido asumir ni siquiera parcialmente los objetivos que para su trabajo último se había trazado el maestro desaparecido. El criterio que ha guiado a quienes se han encargado de preparar la edición —un equipo de cinco lexicógrafos de la escuela de Lapesa— ha sido «respetar el texto de 1976, en lo posible, en el estado en que ha llegado hasta nosotros», además de unificar su presentación para hacerla más inteligible, y darle una forma tipográfica capaz de facilitar al máximo la consulta.

El respeto al texto original ha obligado a los preparadores a no ir más allá de una concienzuda limpieza de los defectos materiales que en él descubrieron, absteniéndose de todo intento de actualizar su documentación y su cronología, de revisar las etimologías y las definiciones y de modificar las estructuras: tareas que evidentemente competen a los equipos que en el futuro tomen a su cargo la preparación de la segunda versión.

Para los estudiosos que abran ahora el libro, será preciso, si no quieren ser injustos a la hora de valorarlo, «no olvidar», ante todo, «la época en que se llevó a cabo la recogida de los materiales básicos» (cuando esta recogida se cerró, aún no se habían editado muchos importantes textos, colecciones y estudios de que hoy disponemos); y en segundo lugar, tener en cuenta la extremada escasez de medios humanos y materiales con que se contó: «solo dos personas, a veces una sola, llevaron todo el peso de la obra». En todo caso, aun en su estado actual, este trabajo no dejará de ser un instrumento útil en manos de los historiadores y estudiosos de las lenguas hispánicas.

6/Una deuda pendiente

Es de esperar que esta empresa, poco menos que heroica, cuya duración abarcó toda la vida profesional de un investigador ejemplar, estimule a las nuevas generaciones de filólogos, con mejores medios y más amplios recursos —y con el amparo de entidades, públicas y privadas, celosas de nuestra cultura—, a perfeccionarla y completarla, llenando, por fin, un capítulo fundamental de la historia lingüística de nuestro país.